

Un árbol para una vida

Alma María Enríquez Asín

VI Concurso de cuentos Repsol S. A.
Segundo premio en lengua castellana

Año 1993



Al viejo árbol ya no le quedaban ramas. El viento había llevado muy lejos las hojas que un día le habían adornado. No obstante, se sentía feliz y era feliz porque en el interior de aquel anciano tronco aún quedaba generosidad.

Aunque ahora estaba a ras de suelo, aún pudo recordar... Era un día dorado y celeste y las campanas sonaban. En aquel pequeño pueblo situado al lado de una pequeña colina había nacido el único hijo de Manuel y Juana.

Todo era algarabía y los campesinos bailaban alrededor del verde árbol. En ese entonces él era todavía joven árbol y sus ramas estaban llenas de vida.

Juana, con el niño en brazos, se había acercado a él y le había dicho a su esposo:

-«Manuel, tiene buena madera, de aquí podemos hacerle una cuna al niño»

Le habían cortado una gruesa rama; pero ¡qué importaba!, ¡tenía tantas! Además, aquel bebé era tan hermoso. Cuando Juanillo tenía tres años, sus padres ataron unas cuerdas en dos fuertes rama. A veces, sentía un pequeño dolor, algo así como cuando a los humanos les tiran de un brazo; pero él estaba comenzando a saber lo que era el cariño y ¿quién podía negarle a aquella criatura de ojos dulces el placer que le producía el continuado balanceo?

Y Juanillo crecía...

Sus brazos y sus piernas habían tomado tales dimensiones que podía encaramarse en el paciente árbol. Y éste se sentía querido y abrazado y le ofrecía sus frutas como símbolo de amistad.

Los días corrían como corren las nubes cuando el viento sopla.

Juanillo, había dejado de ser tal. Ahora le llamaban Juan y sus pantalones se habían alargado. Un día, cuando el sol daba al campo sus «buenas noches», el árbol le vio llegar. Ya no venía solo, como de costumbre, ni se abrazó a él. Sus brazos rodeaban el cuerpo de una hermosa joven. El árbol ya era adulto y comprendió. La vida pasa inexorablemente, las gentes cambian y los sentimientos también.

Juan se casó y las campanas volvieron a sonar con júbilo.

Ahora era «el hombre de la casa» y tenía que preocuparse por la economía de su hogar.

Una mañana despojó al árbol de toda su fruta. La vida era difícil y había que recurrir a todo. El árbol ni siquiera se quejó. Los amigos que se precian como tales ofrecen lo mejor que tienen.

Los días pasaban expectantes para aquel árbol adulto. Erguida su cabeza y sintiendo frío en sus temblorosas extremidades echaba de menos a aquel Juanillo que un día lo abrazara y al cual se había sentido unido.

En aquella fría mañana el aire le trajo un sonido de campanas. Las notas no cantaban como cuando Juanillo había nacido, ni tampoco como cuando Juan se casó; ahora, parecía llorar y los gemidos susurraban: «muerte, muerte, muerte...»

Alguien comentó:

-«Pobre Juan, ¿qué hará sin su esposa?».

Juan había enviudado y su vida se había cubierto de luto negro. El árbol sufría su pena, la sufría como la pueden sufrir los árboles, dejando caer sus hojas en señal de duelo.

Cuando los campos volvieron a mancharse de flores y todo el bosque retornó a la vida, Juan llegó acompañado de un hombre alto y tosco. La gente lo llamaba «tratante de maderas». El árbol no sabía lo que aquel nombre significaba; pero no tardó en comprenderlo.

Cuando todavía el sol comenzaba a saludar el día llegaron hombres con sierras y comenzaron a cortarle primeramente sus extremidades y después su tronco. Le hubiera gustado defenderse; mas los árboles nada pueden hacer en estos casos. Bueno, a veces, su amigo el viento se aliaba con él y le ayudaba a mover las ramas; no obstante, era inútil, el amigo viento se cansaba y al final los hombres vencían.

Fue terrible ver como su corpulencia desaparecía al contacto de aquellos «seres cortantes».

Pensó que no era nada extraño lo que le hacían. En definitiva los hombres están acostumbrados a mutilarse y a quitarse la vida unos a otros. En el mundo vegetal las cosas eran ¡tan diferentes! A pesar de todo se sentía dichoso y en paz consigo mismo. Era esa sensación que embarga a aquellos que dan «todo» por un amigo.

Juan vendió la madera y emigró. Quería encontrar otros mundos, otras gentes, ser rico...

El árbol reflexionó y llegó a la conclusión de que los hombres no son inteligentes, por cuanto por ganar dinero pierde sus «raíces». Un árbol nunca haría eso.

El sol volvió a dorar los trigales, jóvenes árboles se cuajaron de frutos... Y cayeron las lluvias y la nieve vistió de blanco la vida de la aldea... El árbol era ya «casi nada»; mas a pesar de ello todavía podía sentir.

Y sentía tristeza. De la casa de Juan ya no salía humo por la chimenea, nadie abría sus ventanas al apuntar la mañana. El árbol se sentía solo. Solo como se sienten aquellos a quienes todos han olvidado, aquellos de quienes nadie se acuerda porque no tienen nada que ofrecer. Él no tenía ramas, ni hojas, ni fruto. Era un pobre árbol talado que sobresalía unos centímetros de la tierra a la cual un día diera sombra.

El día había cerrado sus ojos. Los campesinos habían dejado descansar los arados y dado al ganado la última comida de la jornada.

Cabizbajo y solo por el polvoriento camino se observaba la figura de un hombre. Tal vez las gentes de la aldea no pudieron llegar a reconocerlo; pero el corazón amigo del viejo árbol reconoció a Juan y latió con toda fuerza que su ancianidad le permitía.

Juan no había tenido suerte. Regresaba pobre y derrotado; mas había vuelto a sus raíces.

Cansado se dejó caer sobre el talado árbol y lloró de tristeza y emoción.

El viejo árbol una vez más fue testigo de sus penas y se sintió orgulloso de poder ofrecerle lo único que tenía: «un lugar donde descansar».